

El texto que sigue se publicó originalmente en *Perspectivas : revista trimestral de educación comparada* (Paris, Unesco : Oficina Internacional de Educación), vol. XXIX, n° 3, 1999
Págs. 495-505.

©UNESCO : Oficina Internacional de Educación, 2000

Este documento puede ser reproducido sin cargo alguno siempre que se haga referencia a la fuente

FRANÇOISE DOLTO

(1908-1988)

*Éric Binet*¹

Una pedagoga cristiana fuera de serie

El décimo aniversario de la muerte de Françoise Dolto y las cuatro jornadas de estudio dedicadas a su obra a principios de este año en la UNESCO nos recuerdan la gran influencia que esta psicoanalista sigue ejerciendo en nuestro conocimiento sobre el niño. Pediatra de formación, su invención de la Casa Verde como lugar de acogida o su colaboración con la escuela de Neuville fueron sus más brillantes experiencias, aunque su gran popularidad se deba principalmente a las intervenciones radiofónicas que mantuvo durante varios años.

No obstante, al releer su biografía, se ve que su proyecto de ser “médico de educación” aparece muy pronto, a la edad de ocho años. Algunos acontecimientos influyeron en ella, suscitando este deseo de salvar a los padres enseñándoles a educar a sus hijos. Así, su orientación hacia la medicina y el psicoanálisis no fue fruto del azar, sino la liberación de un sufrimiento acumulado a lo largo de su infancia y de su adolescencia.

Pero, si Françoise Dolto sigue siendo famosa por sus cualidades en tanto que clínica o por sus aportaciones teóricas, especialmente la imagen inconsciente del cuerpo, la condición ontológica de su ética es menos conocida. En efecto, ella analizó los Evangelios a la luz del psicoanálisis, al igual que estudió el psicoanálisis y la educación siguiendo las exigencias evangélicas. Incluso se podría pensar que su concepción del sujeto humano, dotado de deseo y de lenguaje, enlaza con la de los pedagogos humanistas del siglo XVI y su fervor cristiano. Sus numerosas obras, más de treinta, al reconocer la alteridad propia de cada individuo y la necesaria tolerancia que de ella se deriva, han esclarecido los derechos del niño y los deberes de los adultos.

La infancia de una mujer “médico de educación”

F. Murette, nacida en París, en 1908, en una familia de ingenieros de situación desahogada, era la cuarta hija de una familia de siete hermanos. Desde su nacimiento, parece haber estado marcada por el sello de la originalidad y la marginalidad. La anécdota más conocida se refiere a su niñera irlandesa cocainómana. Ésta fue despedida en el acto tras haber sido descubierta en sus escapadas con Françoise a un lujoso hotel de citas. Esos seis primeros meses pasados con esta niñera fueron hasta tal punto productivos desde el punto de vista afectivo, que estuvo a punto de morir. Como repitió en muchas ocasiones, solamente su madre logró salvarla.

Durante el resto de su infancia, F. Murette sufrió a menudo la incompreensión de los adultos:

Y me preguntaba cómo, habiendo sido pequeños y habiéndose hecho mayores, los adultos podían ser tan extraños, ya que tenían hijos. Y me decía: “Cuando sea mayor, trataré de acordarme de cómo se es de pequeño” (Dolto, 1986, pág. 43)

Este asombro desarrolló su capacidad de hacer preguntas y su sentido de la comunicación sincera. Ante el silencio de los adultos, ante los castigos, se fue abriendo camino un comportamiento de autodidacta, común a muchos pedagogos.

Su institutriz personal, formada en el método Fröbel, la acompañó en sus primeros aprendizajes. Recordemos que la creación de los jardines de la infancia se debe a F. Fröbel (1782-1852), según un método basado en el amor maternal y en unos principios metafísico-religiosos. Las condiciones de aprendizaje de la lectura que de esto se derivaban le permitieron descubrir las nociones de autonomía y respeto al deseo de aprender.

De ahí su deseo, a la edad de ocho años, de ser “médico de educación”, para “ayudar a los padres a educar a sus hijos, a comprenderlos”. (Dolto, 1988, pág. 48). La incompreensión de los adultos hacia este proyecto fue todavía más dolorosa. Resumiendo, allí donde faltaba un justo equilibrio, nació un deseo reparador, el del médico “que sabe que, cuando la educación no va bien, esto causa enfermedades en los niños, que no son verdaderas enfermedades, pero crean problemas en las familias y complican la vida de los niños que podría ser tan tranquila” (Dolto, 1986, pág. 44).

Otros acontecimientos extrafamiliares influyeron en su decisión, especialmente la Primera Guerra Mundial, con sus desaparecidos y heridos, pero sobre todo, la visión de las mujeres que, sin formación y habiendo perdido a su marido, se encontraban en un estado de miseria y aislamiento total.

Por último, la última prueba que tuvo que soportar F. Murette fue la muerte de su hermana mayor. A la edad de 11 años, la víspera de su primera comunión, su madre le pidió que rezara para salvar a su hermana, que había contraído un cáncer óseo. Su muerte provocó una reacción terrible en su madre que hizo a Françoise totalmente responsable, lamentando incluso que ella siguiera viva en lugar de su hija predilecta. Parece que este fracaso y este rechazo influyeron tanto en F. Murette que entró en un proceso de redención y disculpa. En esto seguía un destino común a las mujeres de la familia, obligadas todas en algún momento a salvar a un miembro de la familia.

Descubrimiento de la pediatría y del psicoanálisis

Después de haber terminado el bachillerato contra la voluntad de su madre, F. Murette tuvo que esperar siete años antes de empezar su carrera de medicina, lo que hizo a la vez que su hermano pequeño Philippe. Pero en 1930 obtuvo, con el visto bueno de su madre, su diploma de enfermera.

Al empezar su carrera de medicina, a los 23 años, conoció a M. Schlumberger, que después se haría psicoanalista. Éste aconsejó a su hermano que empezara un psicoanálisis con R. Laforgue (fundador de la sociedad psicoanalítica de París). Un año después, F. Murette empezaba con R. Laforgue su cura analítica, que iba a durar tres años y que la iniciaría, ya antes de su encuentro con Jacques Lacan, en su formación psicoanalítica.

Estas prácticas hospitalarias la condujeron al servicio más conocido de la época, el del doctor J. Heuyer, precursor de la psiquiatría infantil y de la logopedia. Allí conoció también a S. Morgenstern, principal iniciadora del psicoanálisis infantil en Francia, que empleaba el dibujo como instrumento terapéutico. Pese a este encuentro fructífero, la organización sanitaria la alejó del externado llevándola al internado.

No obstante, en 1938 conoció al doctor É. Pichon en el hospital Bretonneau, cuya enseñanza influyó en ella de modo especial. El año siguiente, F. Murette presentó su tesis de medicina: “Pediatría y psicoanálisis” (1976).

En 1942, se casa con Boris Dolto, que más tarde sería un especialista eminente de la fisioterapia en Francia.

Al acabar la guerra, el único contacto que conservó F. Dolto con el medio hospitalario fue su consulta gratuita en el hospital Trousseau, abierta de 1940 a 1978. También tuvo otra consulta en el centro médico psicopedagógico Claude Bernard a partir de 1947 y después entró en el CMPP Étienne Marcel, donde permaneció desde 1964 a 1981. Pero también se interesó en otra actividad, a medio camino entre la educación y la clínica, la de psicoanalista en la emisora de radio France-Inter, de 1976 a 1978. El éxito de sus tres obras sacadas de estas emisiones confirmaron su popularidad entre el gran público.

Entre tanto, fue miembro de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis hasta la escisión de 1953. Participó entonces junto con J. Lacan, D. Lagache y J. Favez-Boutonnier, en la creación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Después de la segunda escisión de 1964, permaneció con J. Lacan, fundador de la Escuela Freudiana de París, que abandonó en 1980.

Condiciones y finalidades de la educación

F. Dolto, desde 1945, expuso, en su texto fundador sobre la educación y el psicoanálisis, su objetivo de mantener al ser humano en su integridad y en toda su alteridad. En sus escritos encontramos una referencia constante al fomento de la concientización y de la liberación del deseo del niño. Esta precaución es hasta tal punto primordial que la consideraba como una profilaxis para las neurosis.

Sin embargo, era escéptica en cuanto a nuestras técnicas y a nuestra anticipación del futuro, que se nos escapa: “Estamos preparando, para una vida que no sabemos cómo va a ser, a unos niños que justamente tienen que ser diferentes de nosotros, puesto que han tenido experiencias que a nosotros nos eran desconocidas a su edad.” (Dolto, 1985, pág. 330). De ahí, sus críticas feroces hacia nuestro sistema educativo, familiar o escolar, que no desarrolla en el niño los medios de buscar la realización de sus deseos: “Lo importante de la educación no es en absoluto el “porque” sino el “cómo”. (Dolto, 1973, pág. 100) Esto hace preciso recordar que la función del educador no es conducir al niño, sino enseñarle a conducirse.

Según ella, el respeto al niño sólo es posible si existe una colaboración entre el adulto y él. Esta concepción implica una responsabilización recíproca, así como una experiencia basada en la vivencia, el ejemplo dado por el adulto. Por lo tanto, no es extraño que no concediera un valor particular a los métodos pedagógicos institucionalizados: “El adulto de referencia, cuya forma de vida tiene valor de ejemplo, no pretende ofrecer un método. El método es la antipedagogía” (Dolto, 1985, pág. 276). Al destacar cómo la especificidad de cada individuo es más importante que toda teoría, repetía constantemente que era ridículo “seguir el método Dolto”.

Los fundamentos de su pensamiento educativo se acercan a los de los métodos activos propugnados por psicólogos como C. Freinet, o por psicoanalistas como A. Adler o A. S. Neill. En este sentido, su pensamiento educativo coincide también con el movimiento de la pedagogía institucional, inspirada en la psicoterapia institucional (F. Tosquelles). Estaba convencida de que en cada niño hay un potencial revolucionario que la educación tradicional trata de asfixiar.

Por último, si S. Freud había podido afirmar que educar, curar y gobernar eran tres profesiones imposibles, F. Dolto se unió a este principio, llegando más lejos en una cierta desilusión: “A los ojos de los niños, fracasamos siempre”. Según Freud: “Haga lo que haga, lo hará siempre mal” (Dolto, 1989, pág. 69). Esta paradoja que le hacía decir que una educación va bien cuando fracasa, se explica por el hecho de que el niño llega a su madurez. Solamente cuando se afirma con respecto al adulto por medio de este rechazo, está manifestando su

capacidad de convertirse a su vez en educador. Según F. Dolto, también a partir de esta postura de rechazo, aceptado por el adulto, un niño cree en su propio juicio.

La imagen inconsciente del cuerpo y la educación

F. Dolto se basó en la teoría psicoanalítica para el tratamiento de niños y adultos, pero también basándose en ella desarrolló una teoría personal en torno a conceptos clave, como las nociones de sujeto, lenguaje, deseo y cuerpo. Es la teoría de “la imagen inconsciente del cuerpo” que explicó detalladamente en toda su complejidad en 1984.

La originalidad de esta teoría se basa en la idea de que, al contrario de lo que se produce en el caso de nuestro esquema corporal, desde el estadio fetal se estructura inconscientemente una imagen del cuerpo, que es “la encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante” (Dolto, 1984, pág. 16). De ahí la idea de organizar lo mejor posible esta evolución de la imagen inconsciente del cuerpo por medio de una educación, una humanización, lo que ella llamó “las castraciones simbolígenas”.

En efecto, esta imagen inconsciente del cuerpo no es única ni estática, sino que se compone de varios elementos (una imagen de base, una imagen funcional, una imagen de las zonas erógenas y una imagen dinámica). Sin entrar en el detalle de cómo se articulan estos elementos, la idea esencial es que existe una vivencia relacional arcaica que marca nuestra memoria a medida que nos estructuramos. F. Dolto coincide con otro psicoanalista famoso, J. Lacan, cuando afirma que esta estructuración sólo es posible a partir del momento en el que todas estas experiencias arcaicas se verbalizan, es decir, se simbolizan.

También las castraciones simbolígenas anteriormente citadas se simbolizan por el lenguaje, a partir de una “palabra castradora” ¿Por qué hablar aquí de castración? Sencillamente porque se trata de una prohibición que favorece “la renuncia a los impulsos caníbales, perversos, asesinos, «vandálicos», etc.” (Dolto, 1984, pág. 76). Estas castraciones son tanto más humanizantes cuanto mejor informado está el niño de la sumisión de los adultos a estas prohibiciones. A esto se debe también, según ella, que los niños tengan la intuición con la que son capaces de reconocer a los adultos con los impulsos arcaicos mal castrados. En este caso, F. Dolto recordaba la situación de los adultos que tienen dificultades para admitir que un niño crezca y se haga autónomo, pues a menudo eso quiere decir que siguen estando sometidos a impulsos arcaicos y que no han renunciado a ellos.

Una nueva ética educativa

Si tratamos ahora de entender la ética de F. Dolto en su práctica de psicoanalista, consideremos primero que su intención era diferenciar entre moral y ética. Por su función de terapeuta, se oponía a los “imperativos categóricos” kantianos, a “la ley moral” y a las máximas por no dirigirse éstas más que al ego, al yo empírico. Pues, según ella, la moral no tiene en cuenta al sujeto en su totalidad, sino que recae en la consciencia, ignorando el inconsciente: “La dinámica del deseo prescinde enteramente de la moral, pues el inconsciente ignora la oposición entre el bien y el mal”. (Dolto, 1987, pág. 131).

De hecho, F. Dolto no reconocía más que una sola ley universal: la de la prohibición del incesto. En resumen, no se atenía a ningún principio o código moral teórico puro, y esto al menos por dos razones: la primera se explica por el hecho de que el sujeto humano no se limita al ego, aunque esté representado por la unidad trascendental propuesta por Kant; por eso F. Dolto hablaba a los lactantes, estuvieran en buen o mal estado de salud física o psíquica, sin ocuparse de saber si “razonaban”. La segunda razón estriba en su descubrimiento de la falta de unicidad del sujeto humano:

Lo humano es fundamentalmente trino. Para que un hombre nazca no basta con un hombre y una mujer. Desde su concepción, el niño tiene un deseo de vivir, de crecer. Al deseo de sus padres hay que añadir el del niño que quiere desarrollarse, para hacerse un ser de palabra, responsable [...] Si yo he querido, desde la edad de ocho años, ser “médico de educación”, es porque había observado lo que ocurría en mi familia cuando se ponía el ambiente tormentoso: los niños reaccionaban de inmediato (B. This, F. Dolto, 1980, pág. 10).

Como rechazaba toda dominación del sujeto humano, no intervenía nunca de forma imperativa, sino sólo indicativa. Así, estaba en contra de toda moral que pudiera controlar a un sujeto por medio de la obediencia o la imitación. Por ello, en la relación educativa, el riesgo de la alienación del deseo del niño en el deseo del adulto le parecía inevitable; de ahí su deseo de asegurar siempre una confrontación de los deseos entre los adultos y los niños, pues “si siempre se satisface el deseo, éste muere” (Dolto, 1985, pág. 226).

De este modo, el hecho de que no se tome en consideración la palabra y el deseo en la tríada familiar, llevó a F. Dolto a elaborar una ética educativa. Así pues, no es casualidad si encontramos en su infancia el origen de esta toma en consideración del vínculo entre estos tres deseos, sobre todo por el respeto a la palabra – mediadora del deseo – sosteniendo una unicidad del sujeto y del deseo. Pero este apoyo al niño, a sus competencias, sólo era posible para ella a través de la confianza: “Para favorecer su desarrollo, hay que considerarlo en todo su proceso y confiar en el adulto que está tratando de llegar a ser.” (Dolto, 1985, pág. 230).

Adentrarse ahora en la comprensión de la ética de F. Dolto requiere una observación previa a toda polémica en cuanto a la “utilidad” de su ética. En sus escritos, no se advierte un afán de convencer al lector ni de justificarse. En realidad, no propone más que su propia subjetividad, negándose a confundir “su” verdad con “la” verdad. F. Dolto no hacía más que ofrecer su testimonio de cristiana; su ética se comprende únicamente como el sentido que dio a su vida.

Podríamos entender esta ética como una ética de la tolerancia: “La tolerancia hacia el comportamiento de cada uno, la confianza en sí mismo que inculcamos siempre en cada alumno, la libertad de expresarse, no valorando nunca la imitación ni la rivalidad, enseñando a los niños día a día las leyes del comercio de los bienes y de la sexualidad del país donde viven, éstos son los medios de prevención de la carencia de formación moral, carencia mucho más peligrosa para el futuro de una sociedad que el fracaso escolar infantil.” (Dolto, 1986, pág. 42).

La Casa Verde

La inauguración de la Casa Verde, en París, se remonta a 1978. Se trataba de un lugar de acogida de niños de 0 a 3 años acompañados por un adulto. La Casa Verde responde al proyecto inicial de F. Dolto de organizar una profilaxis precoz, alejándose del proyecto de construir una guardería, ya que en la Casa Verde nunca se deja solos a los niños.

La principal finalidad de esta casa, considerada como un lugar de transición antes de entrar en jardín de la infancia o en la escuela maternal, era atenuar los efectos negativos que pudiera tener una separación no preparada. Al acoger a niños y a adultos, esta colaboración da lugar a una separación progresiva: “El grupo social coopera mucho mejor en la medida en que hay significado, en palabras, de las diferencias. La diversidad obliga a unos y otros a colaborar entre todos en el respeto a cada uno.” (Dolto, 1985, pág. 413).

Este paso del núcleo familiar a la sociedad para el que prepara la Casa Verde y que se lleva a cabo a través de una mediación lingüística, se basa en un presupuesto ético principal: todo sujeto, muy precozmente, trata de comunicarse con los demás. Aquí nace la idea de F. Dolto de restablecer en un lugar social, “la invitación al lenguaje comprensible, a la camaradería con niños diferentes, a la ayuda mutua [...]”. (Dolto, 1986, pág. 409). Esto lo comprobaba cada día (1985) y la preocupaba porque veía que los adultos no lo tomaban en

consideración: “Estamos en los balbuceos de un descubrimiento esencial: que el ser humano es un ser de lenguaje desde su concepción; que hay un deseo que habita en todo ser humano; que tiene potencialidades que nosotros apoyamos o «negativamos».” (Dolto, 1985, pág. 415). Tanto, que toda violencia en torno a esta búsqueda de contacto causa un trauma, una “micro-neurosis precoz”. Esas cosas no dichas y esos malentendidos suelen afectar a la autonomía del deseo del niño, contribuyendo a que se produzcan trastornos afectivos, incluso psicológicos.

Desde este punto de vista, lo que F. Dolto observaba (1985) es que el aislamiento del niño con los padres, reforzado por la vida urbana, entraña algunos riesgos. Por eso no es extraño que el destete haya sido una de las prioridades en la Casa Verde: “Se trabaja para la prevención del destete, que equivale a la prevención de la violencia y, por lo tanto, de los dramas sociales.” (Dolto, 1985, pág. 396). Por lo tanto, tampoco es extraño que el éxito de la Casa Verde obedezca al hecho de que en ella el niño tiene acceso a una autonomía precoz. Por este movimiento liberador, se aseguraba de que se estaba evitando una alienación familiar: “Así, su madre puede también, en su vida cotidiana, irse liberando de la esclavitud en la que la mayoría de las madres se dejan atrapar [...], presas de un interés exclusivo por sus hijos, con el peligro que esto acarrea para su educación.” (Dolto, 1986, págs. 409-410).

Así, lo principal del funcionamiento de la Casa Verde es la presencia de los padres, tranquilizadora para el niño cuando éste empieza a explorar, a su ritmo, un entorno extrafamiliar. Los encuentros entre padres, acompañantes y niños, el hecho de pasarlo bien, equivalen a una nueva forma de prevención, una forma de profilaxis social. F. Dolto calificaba a esta prevención precoz de trabajo de información y de desengaño: “La prevención tiene que guiar sobre todo la actitud de los padres durante la vida fetal, la manera en que se representan al niño y tienen intercambios con él; después, en el nacimiento y durante los primeros meses.” (Dolto, 1985, pág. 423).

La finalidad de la Casa Verde es, pues, dejar que el niño adquiriera la seguridad de ser él mismo: “Primero hay que asegurarse de que se es uno mismo y de que este «uno mismo» está en una seguridad tal que en cualquier parte se sabe lo que el cuerpo necesita y no se deja uno engañar por el oído, la vista...” (Dolto, 1985, pág. 416). Pues, como se puede comprobar cada vez que un niño abandona la Casa Verde, si todo ha ido bien, el niño sale con una confianza adquirida en y con el grupo.

La escuela de Neuville: taller del pensamiento educativo de F. Dolto

Esta escuela, fundada por F. d’Ortoli, M. Amram y P. Lemaître, abrió sus puertas en 1973 en Neuville du Bosc, en Normandía. La escuela, que acogía a ocho niños durante siete años en una sola clase, fue trasladada a las cercanías de París, al castillo de Tachy. Las cuatro clases (dos primarias y dos secundarias) cuentan actualmente con cuarenta niños a cargo de seis adultos.

Con un programa escolar que va del ciclo primario hasta la clase de 3º, este “medio de vida institucionalizado” ofrece una multiplicidad de ámbitos pedagógicos (impresión, taller informático, cine-club, laboratorio fotográfico, etc.). Las referencias educativas, sacadas en su esencia del movimiento de la pedagogía institucional, (A. Makarenko, A. S. Neill, C. y E. Freinet, F. Deligny, F. Oury y A. Vasquez) se resumen en esta cita de A. Makarenko: “No educa el educador, sino el medio”. Este proyecto de reconciliación de los niños con la escuela, inspirado en la idea de bienestar, de las actividades no obligatorias, hacía posible que los niños, por su participación activa, llevaran una existencia colectiva cálida y estimulante.

La primera colaboración de los fundadores con F. Dolto es anterior a la construcción de la escuela y continuó hasta 1979, año en que dejó su consulta como profesional liberal. Hasta entonces, F. Dolto les enviaba niños que ella atendía en su consulta. Como esta escuela contaba con una población infantil muy heterogénea, era normal que se admitiera a niños con

dificultades psicológicas graves. Para F. Dolto, esta acogida facilitaba en los niños el aprendizaje de la tolerancia. En efecto: “el hecho de ver a niños perturbados o delirantes ayuda enormemente a otros niños a darse cuenta de que la vida no siempre es divertida para todo el mundo y en todo momento [...]; para ellos, es una iniciación a la difícil vida de los humanos, que están siempre divididos entre la realidad y la imaginación. De este modo, adquieren una verdadera inteligencia de la *psique*.” (d’Ortoli, Amram, 1990, pág. 101).

Más tarde, la influencia de F. Dolto se dejó sentir claramente por los encuentros repetidos con los fundadores, con ocasión de los “controles pedagógicos”. Una de las consecuencias más importantes de esta colaboración fue la negociación de los deseos en la vida institucional, pues el punto más interesante en torno al cual se organiza la vida de Neuville es el cuaderno de “quejas” y las reuniones. Citamos a F. Dolto: “A partir del momento en que la reunión se convierte en un lugar en el que todo el mundo habla sin temor de ser juzgado, ni castigado, el grupo [...] hace que todos los participantes hagan intercambios y, por lo tanto, avancen” (d’Ortoli, Amram, 1990, pág. 60). Todos los niños pueden apuntar en un cuaderno todas sus quejas, ideas, etc. Más tarde, se toma este cuaderno, se lee y se discute en reunión general, durante el fin de semana.

El conjunto de estos engranajes institucionales funciona, para emplear una expresión de la psicoterapia institucional, como un “riñón institucional” que tendría una función de cemento social. “Expresarse por medio de la palabra es purgar todo lo que estorba a la circulación mental” (d’Ortoli, Amram, 1990, pág. 155). Este mecanismo, detallado por F. Dolto, se explica por el tiempo que transcurre entre el momento de escribir y el momento de abordar el problema. Se trata de un mecanismo muy importante, por no decir de un descubrimiento: el de la superación del sufrimiento, su relativización. Es una experiencia tras la cual los niños no vuelven a mentir: “Un niño miente en lo inmediato, pero no cuando hay un distanciamiento” (d’Ortoli, Amram, 1990, pág. 156). Igualmente, si “el cuaderno de quejas es la necesidad de recurrir a una mediación para salir de una relación conflictiva, estéril, inextricable” (d’Ortoli, Amram, 1990, pág. 63), se observa que la colectividad no es una amalgama, sino que se articula con la elaboración de la identidad de cada uno. Pero este cuaderno de quejas representa también una formidable mediación en el aprendizaje de la escritura y de la lectura. Los niños demuestran una idea central de F. Dolto en cuanto al aprendizaje de la lectura y entienden que este cuaderno es un principio activo del despertar del deseo de aprender a leer y escribir.

Conclusión

El breve paso de F. Dolto por la pediatría y después su descubrimiento del psicoanálisis le hizo emprender una práctica terapéutica que le permitió aplicar una ética que respetaba su concepción del sujeto humano. Esta vía la condujo a desarrollar una profilaxis, comprometida en diversos proyectos institucionales, de valor “socializante” o “educativo”.

Así pues, gracias al psicoanálisis, no sólo descubrió el mecanismo del proceso terapéutico y la ética que de ello se deriva, sino que en él se inspiró en su trayectoria pedagógica y espiritual.

Sin duda, esta característica del pensamiento de F. Dolto es lo que la hacía, en su relación con los demás, emplear siempre una palabra al servicio del sujeto, recordando a cada sujeto su deseo arcaico. Quizá ésta es la causa de que provocara en sus lectores y oyentes ese impulso entusiasta tan criticado posteriormente. Se trata de una paradoja entre el rechazo de toda pretensión normativa, de toda imitación, y la atracción de todo un público “imitador”, “normalizador” y sobre todo, carente de las convicciones éticas que sólo ella sabía imprescindibles para la aplicación de sus “consejos”.

El “meollo” de sus intervenciones terapéuticas, educativas y espirituales explica sin duda, según F. Dolto, la falta de discípulos a los que hubiera podido enseñar la esencia de su práctica, ya que su subjetividad, – el sentido de su genio, su fe – no pueden enseñarse.

Notas

1. *Éric Binet (Francia)*. Psicólogo clínico en el programa de Ayuda Social a la Infancia de la región de Hauts-de-Seine y en el Servicio de Protección Materno-infantil de París. Es también profesor en el Instituto Nacional de la Infancia y de la Familia, en el Centro de Innovación y de Investigación en el Ámbito Social, en París. Está preparando un doctorado en ciencias de la educación por la Universidad Lyon II bajo la dirección del profesor Guy Avanzini. El tema de su tesis es el pensamiento educativo de Françoise Dolto.
2. Quiero agradecer a Colette Percheminier, directora de la Asociación “Archivos y Documentación Françoise Dolto” el continuo apoyo que ha prestado a este trabajo.

Referencias

- Ortoli, F; Amram, M. 1990. *L'école avec Françoise Dolto – Le rôle du désir dans l'éducation* [La escuela con Françoise Dolto – La función del deseo en la educación]. París, Hatier, 294 págs.
- Oury, F; Vasquez, A. 1967. *Vers une pédagogie institutionnelle* [Hacia una pedagogía institucional]. Vigneux, Éditions Matrice, 1993, 288 págs.
- Pichon, É. 1936. *Le développement psychique de l'enfant et de l'adolescent* [El desarrollo psíquico del niño y del adolescente]. París, Masson, 1965, 374 págs.

Obras de Françoise Dolto

- Actualmente, la asociación “Archives et documentation Françoise Dolto”, 21 rue Cujas, 75005 París, Tfno: 01.40.51.72.05, Fax: 01.40.51.74.27; Correo electrónico: dolto@wanado.fr, es el único centro en el que se puede consultar la totalidad de los escritos de F. Dolto, así como todas sus traducciones.
1939. *Psychanalyse et pédiatrie* [Psicoanálisis y pediatría]. París, Point Seuil, 1971, 282 págs.
1973. “L’homme quittera son père et sa mère – Information et éducation sexuelle” [El hombre dejará a su padre y a su madre – Información y educación sexual]. *En: Revue Parents et Maîtres*, nº 81. *En: L'échec scolaire – Essais sur l'éducation*. París, Ergo Press, 1989, págs. 71-115.
1977. *Lorsque l'enfant paraît* – tomo I [Cuando aparece un niño]. París, Éditions du Seuil, 189 págs.
1977. *L'Évangile au risque de la psychanalyse* [El evangelio al riesgo del psicoanálisis]. París, Jean-Pierre Delarge editor, 175 págs.
1978. *Lorsque l'enfant paraît* – tomo 2. Éditions du Seuil, 216 págs.
1979. *Lorsque l'enfant paraît* – tomo 3. Éditions du Seuil, 186 págs.
1984. *L'image inconsciente du corps* [La imagen inconsciente del cuerpo]. París, Éditions du Seuil, 376 págs.
1985. *La cause des enfants* [La causa de los niños]. París, Robert Laffont, 469 págs.
1986. La Maison Verte, un lieu de vie [La casa verde, un lugar de vida]. *En: La difficulté de vivre*. París, Vertige du Nord Carrere, págs. 403-420.
1986. Andrade A. *Enfances* [Infancias]. París, Seuil, 141 págs.
1987. *Dialogues québécois* [Diálogos en Québec]. París, Seuil, 312 págs.
1988. *Tout est langage* [Todo es lenguaje]. París, Ergo Press, 132 págs.
1989. *Autoportrait d'une psychanalyste 1934-1988* [Autorretrato de una psicoanalista]. París, Éditions du Seuil, 285 págs.

Obras dedicadas a Françoise Dolto

- François, Y. 1990. *Françoise Dolto, De l'éthique à la pratique de la psychanalyse d'enfants* [Françoise Dolto. De la ética a la práctica del psicoanálisis infantil]. París, Paidós/Centurion, 212 págs.
- Sauverzac, J. F. 1993. *Françoise Dolto, itinéraire d'une psychanalyste* [Françoise Dolto, itinerario de una psicoanalista]. París, Aubier, 403 págs.
- This, B. entrevista de 1980 con Françoise Dolto *En: La vierge des brumes – croisière dans l'histoire de la psychanalyse* [La virgen de las brumas – crucero por la historia del psicoanálisis]. *Revue Coq Héron*, nº 109, págs. 3-15.